

*Paso de los pantanos de Clusio e incomodidades que sufrió el ejército cartaginés. – Carácter de Flaminio. – Los deberes de un general.*

Una vez que Anibal fue informado en detalle de que los lugares por donde había de pasar eran cenagosos, pero de suelo firme y sólido, levantó el campo. Colocó en la vanguardia a los africanos y españoles con todo lo más fuerte del ejército, y con ellos incorporó el bagaje, a fin de que por de pronto no les faltase cosa alguna. Para adelante descuidó completamente la provisión del soldado; pues pensaba que una vez llegado al país enemigo, si era vencido no necesitaría de nada, y si vencedor, todo le sobraría. Después de éstos situó a los galos, y detrás de todos a la caballería. Encargó a su hermano Magón el cuidado de la retaguardia, para que dado el caso que la flojedad y aversión al trabajo en especial de los galos o de alguno otro, molestado del camino, quisiese volver atrás, lo impidiese con la caballería y obligase por fuerza. Los españoles y africanos, como caminaban por los pantanos cuando no estaban aún hollados, y a más eran gentes sufridas y acostumbradas a semejantes fatigas, pasaron sin gran trabajo. Por el contrario los galos avanzaban a mucha costa, puesto que ya estaba conmovido y pisoteado el fondo de las lagunas. Esta fatiga se les hacía tanto más penosa e insuportable, cuanto que eran bisoños en tales trabajos. Mas no podían volver a pie atrás porque la caballería se venía echando encima. Convengamos, pues, en que todos tuvieron mucho que sufrir, principalmente por la falta de sueño; ya que por espacio de cuatro días y tres noches seguidas tuvieron que caminar dentro del agua. Pero quienes en especial padecieron fatigas y miserias sobre los demás fueron los galos.

La mayor parte de bestias cayeron y perecieron en el lodo. De su caída resultaba una ventaja al soldado; pues sentándose sobre ellas o sobre el cúmulo de sus cargas, permanecía sobre el agua y dormía de este modo un corto espacio de la noche. La continua marcha por lugares pantanosos fue causa de que muchos caballos perdiesen los cascos. Aníbal mismo, montado sobre el único elefante que le había quedado, se salvó con mucho trabajo; pues incomodado de una grave dolencia que le sobrevino a la vista, al cabo perdió un ojo, por no permitirle la urgencia ni tiempo ni sosiego para curarse.

Luego de haber pasado Aníbal estos pasos pantanosos contra lo que todos esperaban, y haberse informado de que Flaminio acampaba en Etruria frente a Arrecio, sentó él sus reales al margen de las lagunas. Su propósito era dar descanso a la tropa, indagar la disposición del romano y naturaleza del terreno que tenía delante. Efectivamente, averiguó que el país que tenía a la vista abundaba mucho en riquezas, y que todo el talento de Flaminio se reducía a saberse insinuar en el espíritu del vulgo y populacho, pero que para el manejo de asuntos serios y mando militar era negado, a más de que vivía muy satisfecho de sus fuerzas. De aquí infería que si conseguía pasar de la otra parte del campamento contrario y apostarse en aquellos lugares a su vista, el cónsul, impaciente con los escarnios de la tropa, no podría mirar con indiferencia la tala del país y, herido del dolor, vendría prontamente al socorro, y le seguiría a cualquier parte, con el anhelo de apropiarse para sí solo de la victoria, antes que llegase su colega. De estos movimientos se prometía muchas proporciones para atacarle.

Efectivamente, no se puede negar que Aníbal discurría con sobrado juicio y experiencia. Porque si alguno presume que en el arte militar hay otra prenda más estimable que estudiar a fondo la inclinación y carácter de su antagonista, este tal yerra y tiene unas ideas muy confusas. A la manera que en un combate particular de hombre a hombre o línea a línea es necesario que el que se propone vencer considere atentamente los medios de poder conseguir el fin propuesto, y explore cuál es la parte flaca e indefensa del contrario; del mismo modo se requiere que los que mandan ejércitos indaguen en su antagonista, no cuál es la parte desarmada de su cuerpo, sino cuál es lo débil de su espíritu para mejor sorprenderle. Generales hay cuya desidia y total inacción han arruinado del todo no sólo los negocios del Estado, sino aun sus propios intereses. Otros, que por el inmoderado deseo al vino ni dormir pueden, si la borrachera no ha enajenado sus sentidos. Y no faltan quienes, por amor a las mujeres y embeleso en estos placeres, sacrificaron ciudades y haciendas, y aun se acarrearón una vida vergonzosa. La cobardía y desidia granjean una ignominia particular al que las tiene; pero en general son peste universal y la más contagiosa. En manos de éstos, un ejército no sólo se hace indolente, sino que muchas veces fiado en tal cabeza incurre en los mayores desastres. La temeridad, la confianza, la cólera inconsiderada, la vanidad y el orgullo son otras tantas ventajas para los enemigos, y perjuicios para los suyos. Un general semejante es cebo de toda asechanza, emboscada o artificio. Y así creo que si un general pudiese conocer las flaquezas del otro y atacar a los enemigos por aquel flanco por donde su antagonista está menos defendido, en muy corto tiempo conquistaría todo el mundo. Pues a la manera que, perdido el gobernalle de un navío, toda la embarcación con la tripulación viene a poder del enemigo,

del mismo modo un general en la guerra, si se deja sorprender por una astucia o artificio, él y toda su gente vienen las más de las veces a ser víctimas de los contrarios. Efectivamente, no desmintieron la idea de Aníbal los pronósticos y conjeturas que hizo entonces del general romano.